

Josefina Muriel

*Hospitales de la Nueva España.
Tomo II. Fundaciones de los siglos
XVII y XVIII*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/
Cruz Roja Mexicana

1991

444 p.

(Serie Historia Novohispana, 15)

Cuadros, ilustraciones, mapas

ISBN Obra completa 968-36-1468-X

ISBN Tomo II 968-36-1469-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de febrero de 2015

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/hospitales/hne_t2.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

CAPÍTULO XXIII

EPIDEMIAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII

“La peste” siguió siendo, en la Nueva España, durante los siglos xvii y xviii uno de los factores que al lado de las sequías e inundaciones, detuvieron el lento progreso de la colonia. En las regiones costeras de México se continuaba sufriendo toda esa serie de enfermedades endémicas de que ya hablamos repetidas veces, al mencionar los hospitales de esas regiones. En el centro del país y la Mesa Central se gozaba de mejor salud, salvo en las épocas en que aparecían las epidemias. Vamos a mencionar algunas de las más importantes.

En 1642 hubo una que asoló verdaderamente la ciudad de Puebla, pese a los esfuerzos que por aislar a los enfermos hizo el arzobispo, ilustrísimo Cuevas Dávalos.¹

En 1643 el *matlazahuatl* o *tifo exantematicus* se extiende por todo Michoacán y parte de Guanajuato.² Esta es la más terrible epidemia del xvii; fue tan destructiva, especialmente en Michoacán, que en Tzintzuntzan, por ejemplo, de veinte mil indios que la poblaban no quedaron arriba de doscientos. Se calcula que de seis partes de población indígena murieron cinco. Lucharon contra la peste las autoridades y los particulares, pero quien realizó la labor más importante fue el ilustrísimo señor don fray Marcos Ramírez de Prado, formando numerosos hospitales provisionales y lazaretos, pues no eran suficientes los hospitales existentes. Procuró la salud de los enfermos y su aislamiento, para evitar la propagación de la epidemia.³

Pero sus esfuerzos se estrellaron contra la ignorancia médica de la época y la virulencia de la enfermedad.

En 1648 vuelve a Puebla nueva peste que causa la despoblación en la

¹ Sosa, *El episcopado mexicano, op. cit.*, p. 183-184.

² Lucio Marmolejo, *Efemérides guanajuatenses o datos para formar la historia de la ciudad de Guanajuato*, Guanajuato, Imprenta de J. Díaz, 1907-1915, t. I, p. 449.

³ Sosa, *ibidem*, p. 198-199.

ciudad y que reviste gran crudeza, por su larga duración: catorce meses.⁴ Nuevamente fue el obispo, en esta ocasión Palafox y Mendoza, quien encabezó la lucha contra la enfermedad.⁵

En 1691 y 1692 la ciudad de México siempre tranquila, sufrió una época de zozobra, de angustia y de dolor. Heladas, inundaciones, falta de toda clase de alimentos, hambre, injusticias, motines y finalmente como remate de todo lo anterior, la peste, que llenó de enfermos todos los hospitales existentes y dejó cadáveres en las calles, las acequias y los atrios de las iglesias, mientras el pueblo se encerraba en sus casas preso de pánico. Pero la intensidad de la epidemia fue tal que no respetó el aislamiento, por ejemplo, el de las monjas en los conventos. Sabemos que en San Jerónimo diez fueron las víctimas.⁶ La ciudad entera vio con terror aquella peste, que se consideró castigo del cielo. Así lo entendieron personajes tan distinguidos como don Carlos de Sigüenza y Góngora y otros. Los sobrevivientes se consideraban privilegiados de la fortuna.

Pasaron los años y la ciudad volvió a su normalidad; el recuerdo de los seres queridos que habían perecido, se iba olvidando. Cuando de pronto, en 1695, nueva y mortífera epidemia apareció en México. Centenares de víctimas hubo, entre ellas una, una que por sí sola basta para calificar de trágica a esta enfermedad. Las monjas del monasterio de San Jerónimo fueron presas del mal. Sor Juana Inés de la Cruz acudió a auxiliar a sus hermanas y, como ellas, fue también su víctima. El 17 de abril de 1695 la ciudad conmovida lloraba su muerte.

Con ésta concluyeron las grandes epidemias del xvii.

En el siglo xviii la Nueva España continuó sufriendo terribles epidemias. La insalubridad en las zonas costeras continuó a lo largo de toda la centuria e inclusive se acentuó en la zona de Veracruz. La lucha efectiva contra las enfermedades epidémicas se inició en ese siglo.

Mencionaremos algunas de las más graves epidemias que se sufrieron en estas tierras. En 1707 hubo la de viruela que azotó especialmente al actual estado de Guanajuato, en donde causó tremendos estragos.⁷ En 1736 apareció la que se llamó "el gran matlazahuatl".* A él nos hemos referido ya en dos ocasiones al hacer la historia del hospital de San Juan de Dios de México y especialmente al tratar los hospitales provisionales

⁴ Díaz de Arce, *Libro de la vida...*, op. cit., p. 299-303.

⁵ AGNM, *Hospitales*, t. 3, exp. 16.

⁶ Ezequiel A. Chávez, *Sor Juana Inés de la Cruz*, p. 398.

⁷ Marmolejo, *Ejemplares guanajuantenses*, op. cit., t. II, p. 9.

* El matlazahuatl —que en los siglos xvi y xvii es el nombre indígena con que se designa al tifo— en el xviii pierde su primitivo significado y viene a ser sinónimo de epidemia nada más. Lo que en el xvi significaba la palabra "cocolixtle".

del siglo. Fue esta epidemia la más tremenda que en dicha época sufrió la Nueva España, en extensión e intensidad sólo comparable a las del siglo xvi.

Por los síntomas que de ella nos dan los historiadores —escalofrío, dolor de cabeza y estómago, alta temperatura y hemorragia nasal—, se supone que se trató de una epidemia de tifo. Dado que los indígenas eran los que vivían en las condiciones más insalubres y aglomerados en los jacales, fue en ellos en quienes más se cebó la enfermedad. Se aplicaban los remedios humanos conocidos entonces, se procuraban algunas medidas higiénicas, poco eficaces en su mayoría, puesto que el mundo de los microbios aún era desconocido. Se acudió a los remedios sobrenaturales.

Se hicieron rogativas, las campanas de los templos no dejaban de doblar. Se llevaba en procesión a las imágenes más veneradas y famosas por sus milagros. Las diversas órdenes religiosas, tanto de hombres como de mujeres, elevaban sus preces en comunidad por la cesación de la peste. El arzobispo- virrey don Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, los hermanos de las órdenes hospitalarias, y muy especialmente los jesuitas, trabajaron heroicamente en auxilio de los apestados.

El último remedio al que se acudió fue a la jura de la Santísima Virgen de Guadalupe como Patrona del Reino de la Nueva España. Tal acto se verificó en el año de 1737.

La enfermedad empezó a declinar lentamente hasta desaparecer en 1738. Pero el saldo de muertos era de doscientos mil aproximadamente, de los cuales cuarenta mil ciento cincuenta y siete correspondían de acuerdo con los registros de entierros a la ciudad de México. La *Gaceta* consignó treinta mil por falta de informes, pues el arzobispo se negó a que se dieran para no alarmar más a la población; el panorama en las provincias no era menos macabro, en Puebla murieron más de cincuenta y cuatro mil personas.⁸ En el estado de Jalisco, según Pérez Verdía los ranchos y villorrios quedaron despoblados.⁹

Para formarnos una idea más completa del papel de los hospitales ya erigidos y los provisionales ante la problemática del entierro y la salud pública, insertamos el cuadro que Cabrera y Quintero formó refiriéndose a los muertos y sitios en que se enterraron en la ciudad de México de 1736 a 1738.

⁸ Para mayores datos al respecto consúltese la obra de Cayetano Cabrera y Quintero titulada *Escudo de Armas de la Ciudad de México*, México, Imprenta Bernardo de Hogal, 1746, p. 110-115.

⁹ Luis Pérez Verdía, *Historia particular del Estado de Jalisco*, Guadalajara, Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios del Estado, 1910, t. II, p. 9.

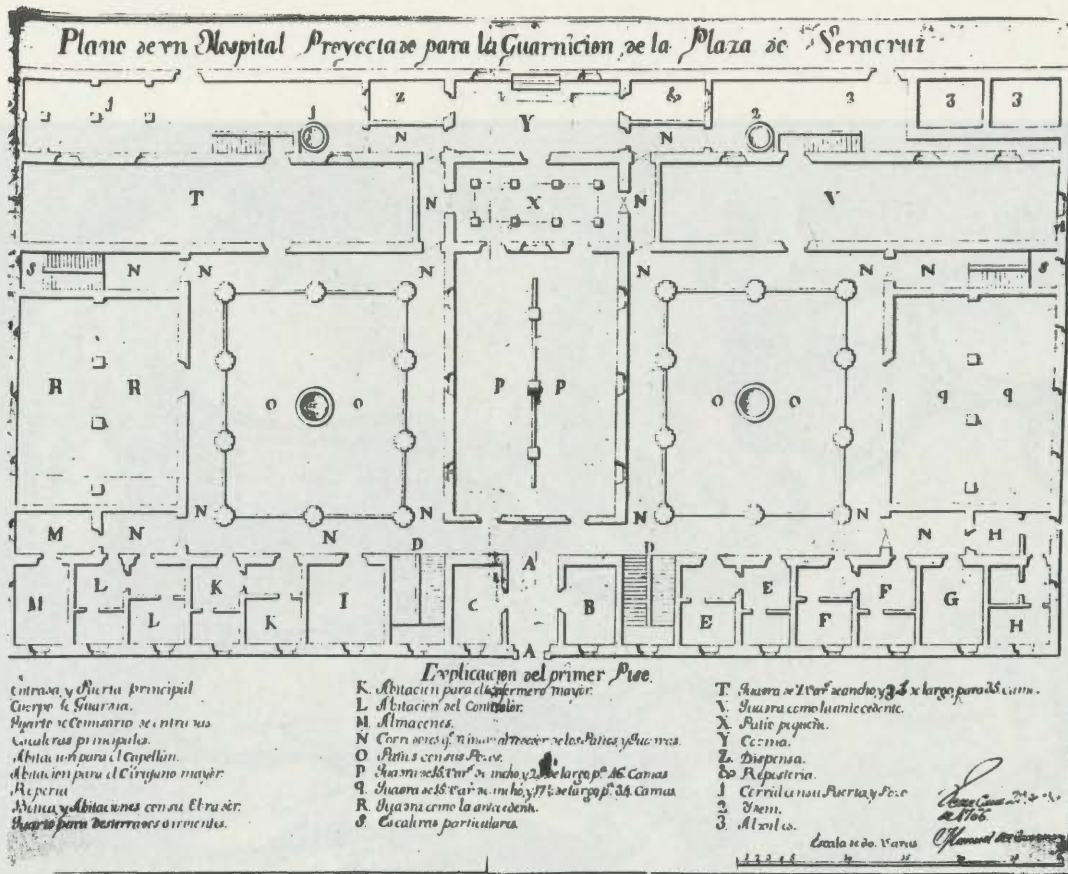
		MUERTOS.	
TEM- PLOS.	PARRO- QUIA- LES DE ESPAÑO- LES.	CATHEDRAL.	2000
		SAN MIGUEL.	1000
		STA. CATHARINA.	1400
		STA. VERA CRUZ.	5000
		SAN JOSEPH.	1634
	DE IN- DIOS.	S. TIAGO TLATEL.	3730
		SANTA MARIA.	0860
		SAN PABLO.	2758
		S. SEBASTIAN.	0670
		STA. CRUZ COLT.	0680
HOSPI- TALES.	STA. CRUZ ACAT.	0568	
	MISTECOS.	0167	
	NRA.SRA.DE GUADAL.	0450	
	STO. DOMINGO.	2000	
	LA MERCED.	1000	
	HOSPITAL REAL	2484	
	JESUS NAZAR.	0061	
	S. JUAN DE DIOS.	3177	
	S. HIPPOLYTO.	0464	
	ESPIRITU-STO.	0426	
CAMPOS SANTOS, Y CEMEN- TERIOS.	N.SRA. DE BETH.	0002	
	N.S. DE GUADAL.	509	
	N.S. DE LOS MIL.	455	
	STA. CATHAR. M.	779	
	S. SEBASTIAN.	124	
	SAN RAPHAEL.	022	
	S. JUAN DE LETR.	0576	
NUEVA MENTE ERECTOS	CANDELARIA.	0500	
	XIUHTECO.	0500	
	S. ANTONIO ABAD.	1000	
	SAN LAZARO.	7000	
		40157	

Hacia 1748 sufrió Veracruz una fuerte epidemia, a la que ya nos referimos al hablar del hospital de Loreto de ese puerto. No tenemos noticias de que se haya extendido a otros estados.

Un año después la región del Bajío —tras varios siglos de desastres agrícolas incontrolables—, en aquel entonces sufrió verdadera hambre. Los



25. San Caralampio, abogado contra la peste. Tomado de la portada de una antigua novena, impresa en Madrid en 1834.



26. Plano del hospital para la guarnición de la plaza, Veracruz, Ver.

alimentos que se consumían eran de mala calidad. Esto unido a la desnutrición en que se hallaba el pueblo, ocasionó el año de 1750 otra epidemia que asoló esa región.¹⁰

En 1762-63 en todo el país se sufre una intensa epidemia de viruelas y matlazáhuatl. El virrey marqués de Branciforte encabezó la lucha contra este mal dando órdenes para que se organizaran sociedades para el socorro de los apestados.¹¹

Una de las regiones más afectadas por la enfermedad fue Guanajuato.¹² En algunos pueblos la epidemia había causado tal ausencia de brazos en los campos, que se hizo necesario dictar la exención temporal de impuestos para muchos pueblos. Así, se les concedió, por ejemplo, a los de la Concepción y San Francisco del Rincón.¹³ Se calcula que el número de víctimas de esta epidemia llegó a diez mil personas.¹⁴

En 1779 la ciudad de México sufrió otra asoladora epidemia de viruelas. Contra ella lucharon intensamente y en varias formas tres personajes: el arzobispo de México ilustrísimo señor don Alonso Núñez de Haro y Peralta, el virrey don Martín Mayorga y el doctor Ignacio Bartolache. El arzobispo era un hombre de espíritu abierto hacia lo nuevo y gran organizador. En lugar de seguir los pasos de sus antecesores, organizando muchos hospitales provisionales, que por hallarse distribuidos en los barrios más populosos se convertían en foco de contagio, planeó un gran hospital general en las orillas de la ciudad: el hospital de San Andrés, al que ya nos referimos. Éste sí reunía las condiciones ideales de amplitud, ventilación, limpieza, eficiente servicio médico-quirúrgico y buena alimentación.

Consejero del arzobispo en esos momentos fue el doctor Ignacio Bartolache, que a su vez, al lado del gobierno (virrey y ayuntamiento), hace primeramente un plan para impedir la propagación de la viruela, plan que a pesar de ser su autor un brillante representante de "la ilustración" en México, tiene recuerdos vivos del medioevo.

He aquí el extracto de sus puntos más importantes:

1. Se pondrán luminarias en las calles, con específicos, perfumes y una hoguera perpetua entre al albarradón que corre de San Lázaro a la Garita Vieja de Texcoco.

2. Para mayor purificación del aire, se dispararán algunos tiros de cañón.

¹⁰ Marmolejo, *op. cit.*, t. II, p. 66.

¹¹ AGNM, *Epidemias*, t. I, exp. 2.

¹² Marmolejo, *op. cit.*, t. II, p. 103, 105, 109.

¹³ CDCCH, *Serie León*, rollo 17, cajas 1761-1762.

¹⁴ José Bravo Ugarte, *Historia de México*, México, t. II, p. 289.

3. Se procurará el aseo y limpieza de las calles, ventilación de los templos y parroquias donde haya cementerio. Se aumentará la profundidad de las sepulturas, especialmente en los nosocomios.

4. En los hospitales, mientras se den los alimentos y las medicinas a los enfermos, se debe tocar el órgano.

5. Se erigirán nuevos campos santos en las afueras de la ciudad para evitar que los cadáveres se acopien en las parroquias.

6. Finalmente, se hará un plan de regocijo público y se pondrán campanas de música en las calles, por las noches, para alegrar al pueblo.¹⁵

José Ignacio Bartolache hace algo más, que va bien de acuerdo con su antiguo cargo de catedrático de medicina en la Real y Pontificia Universidad. Escribe y publica unas "*instrucciones que pueden servir para que se curen los enfermos de viruelas epidémicas*", para divulgar sus conocimientos acerca del modo como debían atenderse a los virolentos. El librito en cuestión comprendía tres partes. La primera se refería a su concepto de lo que eran las viruelas. En esta materia no añadía nada a las ideas de la época. La segunda eran sus prescripciones como médico, para ayudar a los enfermos en la lucha contra la enfermedad. Esta parte se distinguía por las medidas higiénicas y los escasos medicamentos. La tercera parte es tal vez la más interesante, porque fue una lucha contra la ignorancia popular que usaba los más variados menjurjes, yerbas y supersticiones combinándolos y cambiándolos día a día con el más funesto resultado.

La lucha contra esta epidemia fue general y constante, pero a pesar de la certera ayuda del obispo, las órdenes hospitalarias, ambos cleros, el ayuntamiento y el pueblo, no pudo evitarse que sufrieran la enfermedad cuarenta y cuatro mil doscientas ochenta y seis personas, de las cuales murieron ocho mil ochocientos veinte, según consigna Andrés Cabo.

Hacia 1780, fuera por las medidas higiénicas del arzobispo o por los planes fantásticos de Bartolache, o por cosa natural, la epidemia fue desapareciendo en la ciudad de México.¹⁶

Chiapas, en cambio, sufría entonces una doble mortífera epidemia de viruelas y tifo, según ya consignamos al hacer historia del hospital de Nuestra Señora de la Caridad de esa población.

En 1786, después del hambre del año anterior, una terrible peste azotó la Nueva España. Entre las regiones más duramente castigadas tenemos

¹⁵ AGNM, *Hospitales*, t. 71, exp. 5.

¹⁶ Donald B. Cooper en su obra *Las epidemias en la ciudad de México, 1761-1813*, México, Imas, 1980, comprueba que esta epidemia de viruelas estuvo acompañada del tifo. Es muy interesante la consulta de esta obra para quien se interese en este importante tema de las epidemias.

a Guanajuato.¹⁷ Según calculó Humboldt, de esta epidemia murieron ocho mil personas.

La última de las grandes epidemias que enlutaron a la Nueva España fue la que tuvo lugar de 1796 a 1797. Procedentes del Perú, desembarcaron en Guatemala, varios enfermos de viruela. El presidente de la Real Audiencia de ese lugar lo comunicó de inmediato al virrey de la Nueva España, el cual a su vez giró órdenes por "cordillera" a todos los intendentes, subdelegados, alcaldes, ordinarios, etcétera, a fin de que en todo el virreinato se tomaran precauciones, para evitar la propagación de la enfermedad. Entre éstas, la inmediata era separar en casas de campo, distantes a lo menos un cuarto de legua de las poblaciones, a los apestados.

Sin embargo, la epidemia se extendió pronto a Yucatán, Tabasco, Oaxaca y luego a Veracruz y Acapulco.¹⁸ En Veracruz la sufrieron en casi todas las villas y pueblos; entre otras citaremos por ejemplo la villa de Orizaba y los pueblos de Cotzacoalcos y Chinameca.

En 1797 ya la sufría la ciudad de México.¹⁹ Al llegar la epidemia, dos personajes volvieron a encontrarse para combatirla: el arzobispo Haro y Peralta y el médico J. Ignacio Bartolache. Había cambiado el virrey, que lo era entonces el marqués de Branciforte, pero lo que más había cambiado era la ciencia. Ya no se pensó de inmediato en hospitales para juntar a los apestados; se pensó en salvaguardar a la ciudad de la epidemia. Para ello se halló un método empezado a usar, con reservas, en las cortes europeas; éste fue el de la inoculación antivariolosa. Era un año antes que Jenner descubriera la vacuna y nueve antes que Balmis llegara con su famosa expedición contra la viruela.

En aquel tiempo, 1797, sólo se sabía que inoculando la linfa de un grano de viruela a una persona sana, ésta quedaba inmune a la enfermedad. La lucha se inició de inmediato. Ya desde 1796 habían preparado el ambiente culto de México, las publicaciones en favor de la inoculación de las viruelas, hechas por *La Gaceta de México* y en 97 la reimpresión del "Instructivo" de Bartolache. El virrey mandó al protomedicato que publicase un folleto en que se mostrase claramente el modo de practicar la inoculación, folleto que reimprimió *La Gaceta de México* para mayor divulgación.²⁰

El arzobispo Núñez de Haro y Peralta tuvo una parte muy importante y efectiva en la lucha, pues se encargó de propagar la inoculación entre

¹⁷ Marmolejo, *Efemérides guanajuatenses*, op. cit., t. II, p. 342-343.

¹⁸ CDCCH, *Serie Pátzcuaro*, núm. 118.

¹⁹ AGNM, *Epidemias*, t. VI.

²⁰ Francisco Fernández del Castillo, *La expedición de Francisco Xavier Balmis* (obra inédita. Próxima a publicarse).

el pueblo. Ordenó en diversas circulares a todos los párrocos del arzobispado, que divulgaran y convencieran a través de los púlpitos y aun en las conversaciones familiares, sobre el beneficio de la inoculación. Como centro de inoculación se erigió el hospital de San Juan de Dios, en donde se llevaba un registro de personas vacunadas. A éstas se añadieron otras medidas, unas de orden religioso y otras de orden higiénico.

Su labor de convencimiento fue heroica, por las innumerables dificultades con que tropezaban los inoculadores, principalmente la ignorancia. Sin embargo, fue un éxito, pues la epidemia de viruelas pasó pronto y no dejó una estela de muertos tan grande como las anteriores.

Esta campaña se estaba desarrollando al mismo tiempo que en otras partes de la Nueva España. En Oaxaca, en el istmo de Tehuantepec y en Veracruz había tenido también buen resultado. Se relata el ejemplo del pueblo de Izuacán de los Reyes, en el cual el subdelegado de Jalapa, don Gaspar de Iriarte, mandó inocular la linfa de brazo a brazo a más de cuatrocientos individuos, de los cuales solamente veinte murieron, calculándose que éstos ya estaban contagiados antes de la vacunación.²¹

Esta es otra de las etapas más interesantes sobre el uso de la vacuna en el virreinato. Y lo más importante es que el pueblo empezó a convencerse de la efectividad de la vacuna.

La lucha contra la viruela estaba ya en marcha. La siguiente etapa fue la campaña que se hizo en tiempo de Iturrigaray, de 1804 a 1808, que abarcó casi todo el territorio nacional y nuestra parte del vecino país del norte.

Finalmente, con la llegada de la expedición de Balmis quedan establecidos de manera fija los centros de vacunación que conservarán la linfa, y llevarán el registro de todos los ciudadanos inoculados. Con ello queda en pie una campaña constante contra esa enfermedad.

Cuando México logra su independencia la peor de las epidemias había dejado de ser una pavorosa tragedia nacional.²²

Quedaban, desde luego, todas las diversas enfermedades que con carácter endémico había en nuestras costas y otras nuevas, como la fiebre amarilla, que llegaron después.

²¹ Estos datos fueron sacados por la señorita Rosaura Hernández y presentados en el Congreso de Historia celebrado en la ciudad de Jalapa de 1951. Proceden —según su propia información— del AGNM. *Epidemias*, t. III, t. V, t. VII y VIII.

²² Véase la interesante obra del Dr. Fernández del Castillo sobre *La expedición de Francisco Xavier Balmis*.